

Del amor y el deseo

Hernando Escobar Vera

El nombre del desierto

Se siente como el desierto. Al menos hoy, no quiere sentir nada más. Su hermana le dice que la arena del Sahara, arrastrada por el viento, lleva los nutrientes que dan vida al Amazonas. “Sí, pero también mata los corales en el Caribe”, replica con voz sedienta de oasis, con voz temerosa de su sed. Y es eso, en parte: de un lado, su esposo, el padre de su hija, que está siempre allí, para acogerla entre su brazo y su pecho; de otro, su estudiante, que le promete llevarla algún día a París y a bucear en el Mediterráneo. Uno quizás sea la selva, pero el otro sería, entonces, los corales; así que ella prefiere ser desierto, sin viento, ni oasis, ni sed. Ser arena quieta, sobre arena, sobre arena. No tener un nombre; no llamarse Helena, ni Emma, ni Blanche, ni Sarah Pierce.

16

No sabe que el desierto es dueño de la arena, pero no del viento; no sabe de las tormentas que, a su pesar, ya se levantan, desde su sed y la de los otros; no quiere saber que tiene un nombre, como todas ellas.

Habitante

El teatro está emplazado y la carne dispuesta. Tú eres la carne y ella quien la dispone. Sin prisa le chupas la cara interior de los muslos. Gime con su otra voz, la voz que quisieras solo para ti. Se oye el paso de un grupo de muchachos ebrios por el corredor. Muerdes ligeramente, finamente, como si pretendieras separar la piel del músculo. Ascienes a



Ángela María Chaverra Brand. *Vadum*. Performance. 2023.
Finalista 3°. Premio Nacional de Artes Performativas
Universidad de Antioquia.

saborear las humedades que has propiciado. Gime anticipando tu sed y tu hambre. Le pasas la barba por el costado de la pelvis. Levantas la cara para ver la suya. Es lo único iluminado, aunque de modo intermitente: la ventanilla proyecta sobre ella sombras de árboles veloces que la acarician. Tuerce el cuello al límite del escorzo. Puro placer. Eso es: una pintura manierista. El pelo rojo cae atrás de la piel sudorosa, roja su boca, la clavícula pronunciada, todo el torso curvado buscando tus labios. Una pintura en la casi penumbra. El vientre que franqueas, plano, no da testimonio del habitante. Piel tersa, vellos casi invisibles, y tu rastro húmedo se

prolonga hasta sus senos, dulces en contraste con los sabores recientes, dulces y adictivos. Chupar, besar, lamer, morder, chupar. No puedes eludir la imagen que te enterneció durante el partido de fútbol. Tardaste en comprender: no se protegía los senos, sino las manos mismas. Así juegan fútbol las pianistas. ¿Qué más revelaciones sobre ella tendrás en las próximas paradas, tras los próximos conciertos? Saliva, labios, dientes. Gime y parece un sí que durará más allá del orgasmo. Arrastras la lengua para beber el sudor de su clavícula y alcanzar su cuello, su oreja. El sonido del tren sobre los rieles acalla las peticiones que le haces en susurros. Gime y parece un sí que durará más allá del orgasmo; pero mientras la besas quizás recuerda algo que la compromete con un tiempo, un lugar y un destino diferentes de aquellos a los que los llevará el tren en este último viaje: con la rodilla te aleja de su vientre. Es allí donde reside su corazón ahora; allí está la marca de aquel con el que no puedes competir no solo porque es el padre, sino porque es el amado. Tras el rechazo inconsciente, vuelve a acogerte, vuelve a gemir, vuelve a decir sí en lengua primitiva, vuelve a pedir que “entres” con una “t” que tiene algo de tren sobre rieles, vuelve a pedir que entres aunque sea a casa ajena. Te gusta oír la pedirlo, te gusta sentir cómo la inflama el deseo, te gusta dilatar el inicio del final. Clava sus uñas en tus nalgas atrayéndote hacia ella, “ven, ya”; pero te resistes, logras conservar la justa distancia, avanzar un milímetro por cada kilómetro del tren. Vuelven a pasar los muchachos, más ebrios; empujan a alguno contra la puerta del camarote, imaginas que ha sido al fagot. Perdón, profe, dicen entre risas, pero ella no atiende; te mira intensamente; hay súplica en su mirada; te toma el rostro y separa los labios para que dejes caer de los tuyos un hilo que los vincule. Ya no resistes tu propia pulsión; la gravedad de su

cuerpo te jala hacia su centro; aceleras el ritmo. Sabes que ella no piensa ahora en el padre ni en su escupitajo de semen que la viene colonizando. También sabes que, si no estuvieras allí, estaría otro, uno cualquiera que, como tú, le hiciera olvidar un rato al que no quiere ser padre de su hijo; al único en el que ella podrá pensar cuando termines. Contento entonces, Samuel, contento; retrasa tanto como puedas el principio del fin; retenla en este momento; haz que el viaje continúe y que tus notas repten bajo las suyas en otros conciertos; contento para no dejar de existir. La ventanilla les ilumina el rostro y, compasivas, las sombras veloces de los árboles extienden sus caricias para los dos.

Monstruo

*–Ahora sin querer me llevé la mano
a mi ceja, buscándome el lunar.*

–¿Qué lunar? ...Yo tengo un lunar, no vos. [...]

–Me pareció [...] que yo no era yo.

Que ahora yo... eras vos.

El beso de la mujer araña, Manuel Puig

Están desnudos. Él se aleja apenas lo suficiente para verla. Ella lo observa con la mirada que tan solo ahora él llega a merecer. Una mirada que ha ido transformándose desde la actitud de resguardo de la primera cita hasta la actual, sin prevención alguna. Es bella, y sigue siéndolo aunque, al acercarse a besarla, le crece la nariz, se le engrosan las cejas y los ojos se vuelven uno solo. El beso de los cíclopes. Ella lo acoge con brazos y piernas; la penetración es tan solo parte del abrazo. Él imagina la línea limítrofe entre su costado y la pierna de ella. Acaricia ese lugar que es él y es ella y son los dos al tiempo, y ya no sabe si es su caricia o la de ella la que borra el límite. Ya

es verdad: son uno. Mientras recorre con dulzura las estrías de las nalgas de él, ella se da cuenta de que las está surcando en su propia piel. Él siente la caricia en su pelo mientras acaricia el pelo de ella. Ella percibe en su espalda el sudor que escurre por la de él. Al sentir frío en los pies, él cubre con la sábana los de ella. Se abrazan con más fuerza, realizando la máxima de amarse a uno mismo. No saben cuál será su nombre mañana, ni al trabajo de cuál de los dos acudirán, ni cómo conseguirán la ropa para vestir su nuevo cuerpo, ni si se acostumbrarán al gesto de horror de quienes se encuentren con el monstruo en el que se habrán convertido.

Mía y la lluvia

Este relato es sobre una gata, la lluvia, una relación que muere y el sexo de supervivencia.

Es, primero, de un modo que solo alcanzas a intuir, sobre una gata. Sobre una gata y la lluvia. Mía es la gata de David. La encuentra bajo la lluvia y la lleva a su apartamento. Lo conoces dos años después de eso. Para entonces estás acostumbrado a una vida mediana y al sexo de supervivencia: sexo precario, casi inhumano, que se va haciendo indispensable, como si sumando escasas satisfacciones se completaran el aire o el agua necesarios para seguir viviendo. Gotas entre la maleza que no calman la sed, pero son todo lo que hay. Todo lo que puede haber con David. Imaginas que así era la vida de Mía. La imaginas acostumbrada a la lluvia y a la calle. Te mira desde el mueble del televisor: esta es su vida ahora. Afuera llueve. A los dos los resguarda el apartamento de David. Él te invita a pasar la noche, pero así no funciona el sexo

de supervivencia. Hay algo liberador en la lluvia: no tienes nada que perder.

Este relato también es sobre los paréntesis que no sabes bien si se abren o se cierran. Conoces a alguien y la vida queda en suspenso, como si todo lo anterior hubiera sido un paréntesis y la verdadera vida estuviera a punto de iniciar. Poco después de lo de David, Nacho y tú se encuentran: a su lado empiezas a sospechar que el sexo ya no podrá ser de supervivencia. Son bellos pero escasos los meses que logran procurarse. Hay algo acerca de él y de la relación... que se te escapa, aunque comprender la belleza no sea indispensable para percibirla. Dos roedores esconden semillas para el invierno y luego las olvidan. Por todo el futuro que este "tú y yo" prometía, es difícil bajar los brazos y dejarlo morir. Se abrazan con tanta fuerza como pueden. Llueve sobre el "tú y yo", pero no florece. Si pretendes retener el agua haciendo cóncavas las manos, solo las verás húmedas y vacías. Una historia que no sabes bien cómo relatar. El paréntesis se cierra. Cuando has deseado más, te preguntas si podrás volver a ser la versión vieja y desactualizada de ti mismo. A solas, hay algo liberador en la lluvia: no tienes nada que perder.

Este relato es sobre no saber si puedes tener una vida nueva o si el tiempo necesariamente es circular: todo se repite, nada acontece realmente. David vuelve a escribirte —no ha dejado de hacerlo, de vez en cuando, durante los meses con Nacho— y aceptas visitarlo. Quieres ver televisión acurrucado junto a él, como ofrece en su mensaje. Esta vez, Mía no te ignora: juega con tus manos, las lame. Se siente bien que un gato te elija. Tal vez Mía puede percibir que es justamente lo que necesitas. Estás a gusto viendo televisión con David, pero él tiene



Ángela María Chaverra Brand. *Vadum*. Performance. 2023. Finalista 3°. Premio Nacional de Artes Performativas Universidad de Antioquia.

otros planes: empieza a abrirte la camisa y el pantalón. No te sale la voz para contarle la historia, para explicarle por qué no puedes volver al sexo de supervivencia. Mía te mira, te acaricia la mano y corre. Otra vez. La voz te alcanza para decirle a David que debes irte. Tal vez él no lo llame “sexo de supervivencia”, como tú, pero seguramente siente que le has negado algo a lo que debería tener derecho. Te apuntas la ropa. Él no tarda en acompañarte a la puerta y se despide con un beso apenas cortés. Mía los ha seguido: quiere irse contigo. Además de molesto, ahora David está celoso. Con un gesto excesivo la levanta del suelo antes de abrir la puerta, y se queda riñéndola una vez estás afuera. Mía te entiende, quiere acurrucarse contigo. Mía sabe que afuera llueve y no todos encuentran a alguien que los lleve a casa. Está bien. Hay algo liberador en la lluvia: no tienes nada que perder.

Paisaje con relieve

El pescador de camisa roja descolorida y pantalón azul detesta el silencio —el sol permanecerá oculto tras las nubes hasta la noche—. La mujer sin rostro, de vestido azul y peinado de los cincuenta, parece conforme con su vida, pero cómo saberlo —las nubes se sumergirán en el mar, el sol asido, reducido entre sus volutas, como un escarabajo derribado por cien hormigas—. Subirá el sendero inequívocamente marcado hasta su casucha con vista a los acantilados, conservando su aspecto de mancha en el paisaje. Esperará que el pescador llegue, su camisa sudorosa hediendo a sal y algas, para que le haga el amor después de apenas unas palabras y pargos rojos en la cena.

De lejos él es una mancha roja y azul bajo un sombrero negro de cinta blanca; una man-

cha con un par de rayas negras como caña de pescar. De cerca tiene el rostro curtido, las mejillas morenas y las líneas de expresión rosadas. Ha escuchado historias sobre pescadores devorados por los tiburones. Resbalar al agua: piedras pequeñas, tierra en el aire, gotas que caen al suelo y desaparecen; las raíces del árbol bajo el agua turbia; cuando cesan las burbujas, la arena se reacomoda en el fondo. Años después encontrarían sus harapos abandonados entre las rocas al bajar la marea: huesos astillados descubiertos por los niños entre la arena y reconocidos como humanos por los jirones de tela. No tener que volver al cuerpo de su mujer. No tener que despojarla de la mancha de tela azul.

En todo caso, se rehúsa a imaginarla muerta. Ella debe sobrevivir y él debe sobrellevar el silencio del sendero y su curso inmutable hasta la casucha que, al final, no se ha derrumbado sobre los acantilados. Silencio nunca interrumpido por el vuelo de las gaviotas ni por los porqués del hijo ni por el rumor del mar, que solo le parece tibio más allá del horizonte.

“Nunca”. No ha visto tiburones en esas aguas; en cambio, con frecuencia le parece que el sol ha sido mordisqueado por dientes afilados y, a veces, también le parece que sangra. La caña inmóvil, extensión de sus brazos, estatua de sal y algas. Presencia el rapto del sol. —Las nubes lo ofrendan para que el mar lo devore y lance los desechos, los destellos, como dardos al firmamento. Retornan. Atraviesan las nubes para penetrar el mar de nuevo; este sangra, consume su propia sangre y la de su víctima—.

De lejos, la mujer sin rostro es una mancha azul. De cerca una mancha pálida, más pequeña, se escabulle bajo su ropa. El pescador piensa que ella está conforme con



Ángela María Chaverra Brand. *Vadum*. Performance. 2023. Finalista 3°. Premio Nacional de Artes Performativas Universidad de Antioquia.

el silencio. Cuando llegaron del interior tenían la idea de poner un restaurante de comida marina. El proyecto fue aplazado y aplazado hasta quedar definitivamente envuelto en la niebla de la madrugada siguiente. Debió sospecharlo la primera noche, piensa: durante el día recogió ostras y ella las preparó; a medida que fue bajando el sol —ofrendado, desangrado—, los corredores de la casa los empujaron a la cama. Él olía a sal y algas; ella, a ostras. El ritual se repitió. La casa, las rocas, el sendero, las horas, las mareas, las corrientes de aire. Él y ella quedaron fijos en el paisaje. Solamente el hijo rechazó quedarse —a veces más de una carta al año—.

Ella, dice el pescador. — El sol ha sido devorado por el océano, pero en la lucha ha lanzado dardos luminosos contra el cielo —. Se reconforta pensando que debe ser tibio allí, donde flota la mancha de sangre, al filo del horizonte, bajo el telón agujereado. Ningún pez ha picado. El pescador se levanta. De lejos es una sombra oscilante en el camino ocre. La mujer lo espera, vela en mano, sentada al lado del fogón. Ella no querrá y él no podrá alterar el ritual. En sus brazos recordará que no se pertenece a sí mismo, ni siquiera a ella, sino al paisaje, a la pintura del paisaje en la que son manchas tras una ventana amarilla, manchas sin relieve que se mezclan y se confunden y se alienan y se

desangran y descienden silenciosamente a la rutinaria muerte.

Y sin embargo... la mañana. El sol ha escapado ileso del sacrificio, o del sueño de su sacrificio; ha aparecido del otro lado, detrás de las montañas; viene del interior, como las esporádicas cartas del hijo y como ellos y su esperanza y su felicidad bien dobladas en las maletas aquel medio día hace tantos años.

Mañana.

Una pintura idéntica.

Animales que no se pueden domesticar

Cualquier bar. Él le sostiene la mirada y la invita a bailar. Huelen a sudor. Se dicen una profesión, un signo, una hora de partida. Se llama Asdrúbal. Andrea endulza la voz para nombrarlo, le acerca los labios a los oídos, siente la barba áspera. Asdrúbal asegura que llevaba tiempo sin divertirse tanto con una mujer. Va por otro par de tragos; ella decide que serán los últimos. Lo imagina desnudo rodeado del resto de hombres vestidos.

Después del sexo, de recuperar el aliento y de volver a besarla, Asdrúbal concluye que se siente a gusto con ella, un 'gusto' ya vacío de deseo. "Lo habías hecho antes, ¿cierto? Ir de conquista a un bar gay". Andrea está cansada para responder. Ya no despide ansiedad, se queda dormida, se ve más bella.

Un loro azul con alas de borde amarillo. Ella lo llama por su nombre, sin vocales. Es gratificante poder pronunciarlo. El animal se deja acariciar y se va dando saltitos. Los golpes en la puerta interrumpen su sueño.

"Si se queda más le toca pagar las horas extra", grita la voz. Asdrúbal ya no está. Animales que no se pueden domesticar, piensa Andrea.

Sola

— No estoy listo — le explica Rubén.

A Sara le sorprende no haber sentido antes, tan drásticamente, el peso de su edad. No le es fácil enamorarse, quizás no vuelva a ocurrir; en todo caso, su objetivo no había sido enamorar a Rubén.

— Está bien. No tenía que ser perfecto.

— En verdad traté. Si no pude contigo, tal vez sea definitivo: lo mío es la soledad — dice Rubén sin mirarla, mientras le besa un hombro.

— No vamos a vernos de nuevo, ¿cierto?

Rubén calla. Le tiene cariño, pero verla le recordaría que hay una grieta, que está roto.

Se visten, escuchan a Aretha Franklin y a Presuntos Implicados y se despiden de beso, como si no fuera un adiós definitivo. Ninguno se acuerda del cepillo de dientes, de la muda de ropa ni del cajón del uno en el armario de la otra.

Afuera, parece que las nubes grises se esforzaran por desprenderse del cielo rosado para avanzar hasta el centro, donde aún brillan tres estrellas. A Sara le parece un lindo amanecer.

Tras cerrar la puerta nota un poco de humedad alrededor de sus ojos e imagina nuevas arrugas. Repite:

— Está bien. No tenía que ser perfecto.

Pasa la mano por su vientre y sonrío casi satisfecha con el acuerdo.

Arbusto

Mantonio, mi amor:

Encabezo así la carta porque no importa — no podré enviártela — y para que sea la última vez que te lo diga. Van seis años desde que me fui y todavía digo “Mantonio, mi amor” cuando pienso en ti. Tal vez debería decir “Manuel Antonio, mi hábito”, pero no tengo control sobre esas palabras: aparecen en mi pensamiento y en mis labios cuando vuelve tu imagen o algún recuerdo de nuestros buenos tiempos, de nuestros breves buenos tiempos. Hoy volví a pensarlas y a decirlas, solo que decidí que sería la penúltima vez. Esta carta es la última.

Además, te debía una carta, una explicación. Viajé por tierra y la redacté en mi mente; la memoricé. Pero cuando llegué a Barranquilla me inventé otras prioridades y me fui olvidando del listado de reproches y explicaciones que tenía para ti. Tuve un año para escribirla, pero tal vez no me animé porque una carta como la que imaginé en la flota habría sido definitiva, de ruptura, y yo no estaba lista. La esperanza es un arbusto. Resiste en los días de sol y se nutre en los días de lluvia. Yo sola mantuve vivo nuestro arbusto; nuestro porque era acerca de ti, pero solo mío, porque era solo mía la ilusión. Dejarte fue cortarlo; pero no de raíz. Ese es el asunto. Por eso no escribí la carta. Esa carta era arrancar también la raíz. Mientras no la escribiera, había alguna esperanza, terca como es ella, de que pudiera volver a retoñar. Bastaba un gesto tuyo. Y no pasó.

Cuando llegué a Barranquilla, lo primero que hice fue comprar un juego de sábanas. Ni siquiera tenía con qué. Mi papá me dio el dinero. Con ilusión fui al Only a elegirlo. Era el símbolo de mi nueva vida. De mi vida sin ti. Pero llegué a casa y no lo estrené. Puse un tendido viejo, que reemplacé con el otro viejo, y roté los dos tendidos viejos una y otra vez. Me tomó tiempo entender que no lo estrenaba porque no había cortado el arbusto de raíz. Porque esperaba que vinieras por mí y, si venías, estrenaríamos las sábanas los dos. Y no pasó. Tuviste casi un año para buscarme y no pasó. Habría sido sencillo ir a preguntarle a mi tía por tu esposa, por la mamá de tu hija. Habrías podido inventar que era por ella y no por ti. No pasó.

Después de ese año han pasado otros cinco. Los cinco años desde que te desaparecieron. Primero pensé que estarías de parranda con tus amigos de la U. Luego no supe qué pensar. Las palabras le hacen trampa a la verdad. “Desaparecido” es una palabra oscura, como una caverna: no se puede ver nada, pero se espera que haya algo. Se espera, ¿ves?; así es la esperanza. Entonces la trampa de esa palabra mantuvo el juego de sábanas en el armario, dentro de su empaque. Solo a veces me llegaba la conciencia de que en la caverna no había nada, ni siquiera un cadáver. Y confieso que pensaba en que te lo merecías. Me duraba un segundo esa idea y luego te pedía perdón y te esperaba.

Hoy pensé “Mantonio, mi amor” porque sonó The Clash en la radio y recordé la vez que me enseñaste a pogear y caímos en la cama y nos besamos y me miraste con amor y me llenaste de besos y pusiste tu rostro bajo mis senos y me apretaste con fuerza y me amaste y me abrazaste toda la noche

y me besaste los hombros cada vez que despertabas. Pero es un recuerdo remoto, como casi todos los que me hacen invocarte con esas palabras.

No sé bien cuándo te fuiste, pero te fuiste mucho antes que yo, así que han sido más que estos seis años de espera.

Y pensé en la otra faceta, la que descubrí en tu casa. Tan diferente del adolescente punketo que perdió conmigo su virginidad. Tan diferente del muchacho risueño, siempre con alguna broma en los labios, alguna palabra dulce. Algo como una vergüenza inconfesable que habías arrastrado. Y ese era tu rostro en la casa. Y ese empezó a ser el rostro que me dabas cuando empecé a ser parte de la casa: la mamá de tu hija, la nueva adolescente, la cuñada de tu hermano. La mamá de tu hija y no tu amiga ni tu amante. Ese rostro tan diferente del que apoyaste bajo mis senos. Y solo volvías a ser tú fuera de la casa, en la universidad, con tus amigos, o cuando los invitabas. Ese rostro que me hizo quererte tanto ya no era para mí, sino para Rodrigo, por ejemplo. Pero, así como hay palabras que hacen trampa, la falta de ciertas palabras también impide que nos demos cuenta de lo que está pasando.

Si no me hubiera ido, si te hubiera pedido que vinieras... Así de engañosa es la esperanza: incluso nos hace habitar otras vidas que nunca fueron. Por mucho tiempo sentí culpa, me sentí abandonada, traicionada, sentí rabia... Pero también sentía compasión cuando recordaba ese otro rostro tuyo. Hay algo de mí también en ese rostro. Lo he visto en mi propio espejo. Hay cosas que negamos de nosotros mismos o que no sabemos cómo nombrar. Te esperaba, te odiaba, te deseaba la muerte, te deseaba vivo, recordaba tu rostro, sentía compasión



Ángela María Chaverra Brand. *Vadum*. Performance. 2023.
Finalista 3°. Premio Nacional de Artes Performativas
Universidad de Antioquia.

por tu otro rostro... Algún día tendré que contarle esta historia a nuestra hija. Este año cumple diez. Algún día, cuando tenga edad de comprender, tendré que escribirle también a ella una carta, para explicarle no solo por qué me fui, sino por qué me fui sin ella. ¿Ves que el rostro que veo a veces en el espejo me permite comprenderte? También he sido la persona que abandona para salvar su propia vida, para no ser devorada por su entorno. Yo, sin quererlo, me hice parte del entorno que te devoraba, y te fuiste, dejando en tu lugar ese otro rostro que, supongo, en todo caso te perseguía cuando eras feliz, cuando podías ser tú mismo. Yo no sé si soy feliz. Un poco sí: estoy tranquila, cultivo mis flores, le envió fotos a nuestra hija, salgo a caminar con mi papá, viajo con las amigas que he hecho en estos años. Pero el otro rostro me persigue. Tal vez nuestra hija piensa que los dos la aban-

donamos. Aunque siempre le digo que voy a volver. Tengo los planes muy claros, las cuentas, los ahorros: voy a volver por ella. Y algún día le escribiré una carta en la que le explique todo. Por qué no me podía quedar con un hombre que me despreciaba y con su familia, y por qué no la podía traer conmigo. Pero también le contaré que ese hombre fue un adolescente amoroso que me hizo feliz así haya sido un corto tiempo. Le diré que ojalá encuentre un hombre como tú para que sea su amigo, y también le advertiré que no se enamore de un hombre como tú, que necesariamente la hará sentir sola incluso cuando esté presente.

No te odio Mantonio. Trato de decir quién fuiste y de abrazar ese recuerdo completo. Con esta carta intento aceptar que nunca quisiste recuperarme, que no te desaparecieron, sino que te asesinaron, y que nunca podré saber si habríamos podido volver a querernos así fuera como amigos. Intento aceptar que se debe acabar la espera, arrancar, por fin, esa raíz moribunda. Necesito escribirte que decidí-estrenar-las-sábanas-para-dormir-sola.

Adiós para siempre, querido Mantonio.

Frágil cuello del ave

Late cálido en mi mano como el cuello de un ave. Es la última noche, estoy segura. Quizás cosas como esta indican incompatibilidades profundas: la lluvia lo arrulla; a mí me inquieta, me da pensadera. Pienso en el brillo del sol entre los vellos dorados de sus brazos, en su sonrisa infantil, en sus ojos vidriosos la tarde que todo se fue a la mierda. Estamos en el paraíso, podría decirse, y el paraíso nos partirá en dos. Él seguirá solo hacia Santa Marta; yo regresaré a Bogotá, y

no volveremos a vernos, estoy segura. No agitaremos ningún adiós al aire ni diremos que siempre podrás contar conmigo; nos daremos un beso y él no volverá a responder mis mensajes. Se le notó en los ojos vidriosos de esa tarde: no íbamos a cancelar el viaje para no desperdiciar el dinero de pasajes y reservaciones, pero sería el último. ¿Qué se sueña la última noche? ¿En qué gruta profunda la lluvia gotea imágenes gelatinosas de lo que fue o de lo que ya no será?

Un par de semanas atrás, días antes de los ojos vidriosos, la primera noche que se rehusó a dormir conmigo, soñó que les quitaba el pene a sus amigos y luego se lo quitaba a sí mismo. Me lo contó como una aventura pueril. No le dije que adiviné inmediatamente el significado del sueño: la tarde anterior, en mi habitación, al volver del baño, me había tentado su bóxer inflamado y había posado en él mi mano: huyó el aire de mi caricia. Solo quería sentirlo. Nunca me he inclinado por lo cuantitativo, pero quizás él sí. Sé que le atribuí a mi gesto algún tipo de decepción; sé que, sin querer y casi sin tocarlo, fracturé en ese momento el frágil cuello del ave; sé que, una y otra vez, sin proponérmelo, expulsé el aire cuando puse en evidencia su falta de rigor en nuestras discusiones, las cotidianas y las académicas.

Tengo amigas que no debaten con hombres; ellas simplemente dicen “Ah, ¿sí?”, pretendiendo que acaban de enterarse de las grandes revelaciones que siempre llevan los hombres en la voz. Lo hacen porque una mujer no debe nunca desinflar la burbuja de aire en el bóxer de un hombre; una mujer no debe decirle que no hable de lo que no sabe: “No tienes que saberlo todo, te quiero, aunque no lo sepas todo, así que, por favor, por favor, no pretendas que lo sabes todo”.

Entonces fue eso: soy la amenaza de castración; yo, que duermo con el frágil cuello del ave en mi mano. Y, en el sueño, él se libró de tal amenaza: les quitó a los hombres lo que las mujeres amenazamos con quitarles. Y con los ojos vidriosos, pocos días después, decidió librarse de la amenaza de emasculación también en la vigilia: no me dijo nada ni me hizo ningún reproche; pero su mirada había cambiado y, ahora, mientras duerme, mientras resbala la lluvia por la ventana del hostel, mientras sostengo su pene flácido y cálido en mi mano, tengo claro que tras esa mirada había una decisión tomada y que fue esa decisión la que le enrojeció los ojos por dos segundos.

Antes de la lluvia alcancé a quedarme dormida y a soñar. Me produce bienestar abrazarlo, tomar su pene en mi mano como si fuera mío, acariciar los vellos de sus piernas y sus brazos como si fuera mi propia piel. ¿Ha sido envidia de pene esto que se parece tanto al amor, esto que me ha sostenido en nuestras noches juntos y me ha permitido volver de los malos sueños? Antes de la lluvia soñé que ya era de mañana: abría los ojos y todo era muy blanco y brillante. Él estaba acechándome. Me hablaba ofuscado, los ojos rojos otra vez, pero yo no podía escucharlo, era como si me hablara desde el otro lado de un vidrio; lo veía desenfocado, pero mientras iba saliendo de la duermevela entendía: me acusaba de haberle cortado el bigote, y eso era la mayor traición; sin embargo, lo que le faltaba era una ceja. Y las palabras. Tenía voz, pero no palabras. Su voz caía torrencialmente, resbalaba por fuera del mosquitero. Era la lluvia, comprendí al despertar. Su pene latía en mi mano. Apreté un poco. Ascendí por los vellos tersos de su brazo. Busqué su rostro: el bigote estaba allí. Y, sin embargo, en sueños, el paraíso se había roto — siempre Eva, la malvada, la trai-

cionera— y no había manera de juntar las cabezas y volver a soñar algo plácido para los dos. Él flota en el sueño; yo zozobro.

Los recuerdos. Tratar de comprender. Tratar de dar un sentido a sus palabras, a sus gestos. Tratar de eludir lo más simple: que ya no le gusto, que no soy suficiente para él. Sus miradas durante el viaje hacia las mujeres extranjeras, más blancas, más jóvenes, más nuevas. Despertar de un sueño breve en la hamaca y verlo conversar animado con la española, dirigirle la sonrisa con la que me sedujo pocos meses atrás, la sonrisa que pensé que era solamente para mí. O es la suma de muchas cosas que se sintetizan en una sola palabra: hastío. “No me gustas lo suficiente como para tolerar tus defectos”, me dijo el primer hombre con el que me atreví a vivir, y ocho meses fueron suficientes para que llegara a esa claridad. Es así, supongo: corres al amor, sediento, sedienta, como hacia un oasis, y alcanzas a llenar tu boca de arena. No es culpa de la arena no ser agua, así que le regalas un poco de tu sudor y de tu llanto, o solo se te ponen vidriosos los ojos un par de segundos: si no hay humedad en el paisaje, que al menos haya un poco en tu mirada. Y esa humedad te refresca los ojos, los prepara para otras visiones y otras alucinaciones. ¿No es siempre así, tarde o temprano? ¿Es el amor un oasis? o ¿es un espejismo en el desierto de nosotros mismos?

Él sueña ahora con la española o con otras mujeres que conocerá en otros viajes. Él corre ahora hacia otros oasis con la ilusión de que alguno sea real, o sin ninguna ilusión. “Nunca me he enamorado”, me dijo una vez, así que quizás él no persigue oasis, y soy yo la que sigue mordiendo la arena mientras finge que se le calma la sed; soy yo la que teme chasquear los dedos y salir de



Ángela María Chaverra Brand. *Va dum*. Performance. 2023. Finalista 3°. Premio Nacional de Artes Performativas Universidad de Antioquia.

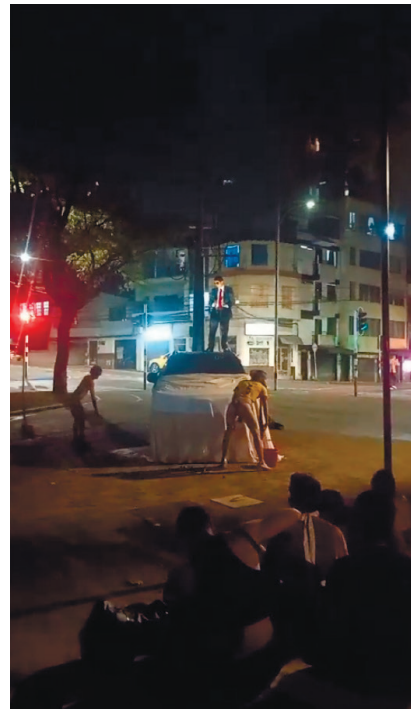
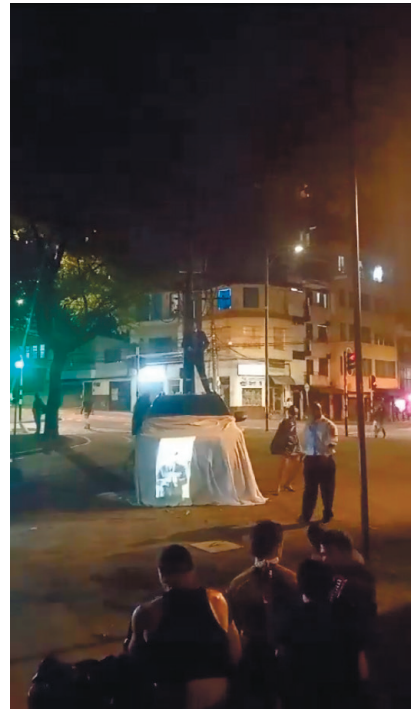
la alucinación; soy yo la que se ha rehusado a ver las señales de que, desde hace algunas semanas, ya anda con otra mujer, una de más baja estatura, caderas más anchas y ojos más grandes y almendrados, como su exnovia. Soy yo la que se había rehusado a ver, hasta ahora. Ahora lo sé. Tal vez un beso. Tal vez sexo matutino. Sexo desesperado. Sexo de perdón y rencor, de adiós y no te vayas y es mejor así. Sexo que revelará la precariedad del primer número par que, inevitablemente, se parte en dos unos.

Aprieto su pecho. Siento latir su corazón. Fue bello nuestro último atardecer. Nadamos en la desembocadura del río, fotografiamos el sol anaranjado tras las palmeras y la bruma, caminamos de regreso por la playa, dándole la espalda. Largas nuestras sombras. Sombras al atardecer. Efímera, la luz va prolongando las sombras. Son la forma de la ausencia. Algo crece dolorosamente donde algo falta. Hace unas horas, en la penumbra, en el oído del otro, cantamos un merengue y lo bailamos bajo el estruendo

del oleaje, fumamos viendo su cresta de espuma nacer casi en el horizonte. “En este momento siento que te quiero”, dijo, pero, en medio de la traba, se esforzó por resaltar “En este momento”, el breve momento que, desde entonces, alarga su sombra.

Ahora llueve, la lluvia escurre por la ventana y se proyecta sobre su hombro; lo beso. No puedo aliviarnos de las sombras. Él duerme, yo estoy con la pensadera. Llevo la mano de su corazón – ritmo acompasado, la paz del que ha decidido – a su pene, sin evitar que mi mano se enrede entre los vellos de su vientre, entre los compases de su respiración, entre las esperanzas que se le esconden a la constatación. Late cálido en mi mano, ajeno, el frágil cuello del ave.

Tomados de la “Parte III. Del amor y el deseo” del libro *Otras conjugaciones* de Hernando Escobar Vera, ganador del 2° Premio Internacional de Cuento en Lengua Castellana Universidad de Antioquia.



Nadia Michelle Granados Delgado. *Un paseo*. Performance. 2023. Ganadora 3°. Premio Nacional de Artes Performativas Universidad de Antioquia.



Nadia Michelle Granados Delgado. *Un paseo*. Performance. 2023. Ganadora 3°. Premio Nacional de Artes Performativas Universidad de Antioquia.